



Seix Barral

Jeroen Olyslaegers

Voluntad





Seix Barral Biblioteca Formentor

Jeroen Olyslaegers

Voluntad

Traducción del neerlandés por
Marta Arguilé Bernal

Título original: *Wil*

© Jeroen Olyslaegers, 2016

Publicado por primera vez por De Bezige Bij, Ámsterdam | Amberes

© por la traducción, Marta Arguilé Bernal, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Este libro ha sido publicado con el apoyo de Flanders Literature
(www.flandersliterature.be)



La traducción de la cita de *Cantos de Maldoror* está tomada de la edición de José J. Olañeta Editor, con traducción de Aldo Pellegrini.

Primera edición: mayo de 2018

ISBN: 978-84-322-3368-5

Depósito legal: B. 7.299-2018

Composición: Gama, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conflicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Una repentina nevada. Me hace pensar en la guerra. No por el frío u otra molestia, sino por el silencio que fugazmente tiene a la ciudad entre sus garras. Ahora cae a raudales del cielo. Es de noche. Oigo los ruidos cuajar en una nada sorda. Y entonces alguien como yo debe echarse a la calle, muchacho, sea viejo o no. Sé que todos piensan: ahora se caerá y se romperá la cadera. Pronto estará con las patas en alto en una cama del hospital de Sint-Vincentius y luego todo habrá terminado para él, abatido definitivamente por una bacteria de las que proliferan en los hospitales. Es curioso cómo la gente mayor se contagia del miedo ajeno. Por ese miedo dejan que los encierren en asilos, dejan que los alimenten con estupideces y gachas frías, se conforman con una noche de bingo de mierda y una marroquí que les limpie el culo con un trozo de papel de váter. Cada cual es muy libre de conservar su miedo. Yo jamás he sentido miedo, no de verdad, y a este mico viejo ya no se le pueden enseñar trucos nuevos. Fuera la nieve cruje bajo mis botas. No, no son unos zapatos de postín, sino mis anticuadas botas de cordones que he conservado con esmero durante años, que he hecho remendar docenas de veces y que he engrasado casi cada semana; unas botas que ahora me permiten retroceder en el tiempo. Sigue nevando. Una vez vi la imagen

ampliada de un copo en un periódico de la sala de lectura de la biblioteca. Esos copos son piezas únicas, bellos mundos contruidos geoméricamente que ahora caen sin más sobre mi abrigo y mi sombrero. No, no voy a dedicarles ningún poema, nadie los lee ya y mi fuente está seca. La nieve transforma la ciudad, y no sólo la conmina al silencio sino quizá también a la reflexión, al recuerdo; al menos eso es lo que me sucede a mí. Cuando nieva, veo mejor. Cuando nieva en la ciudad, sabes lo que quiere decirte de verdad, lo que ha perdido, lo que olvidará. Renuncia a la ilusión del tiempo pasado.

Ante mí se halla el Stadspark destellando blancura. Espero y cierro los ojos por un instante. La luz amarilla de la calle se vuelve azul, tan azul como el cristal pintado de las antiguas lámparas de gas. Imagínate una ciudad sin apenas alumbrado, sólo un débil resplandor azul en la calle, por miedo a que caiga fuego del cielo. Si alguno de nosotros tenía la suerte de contar con una linterna de mano para la ronda nocturna, consideraba la luz como un privilegio que no era de la incumbencia de ningún alemán, con guerra o sin ella. A fin de cuentas, todo era ya bastante oscuro. Recuerdo que ese descontrol enfurecía a los alemanes. Tuvieron que amenazar con multas ridículas y hasta con la pena de muerte antes de que los ciudadanos fuesen más cuidadosos con su luz. He visto a Feldgendarmes montar en cólera cuando nos pillaban usando las linternas sin tapar. ¡Sabotaje! Y que si esto, que si lo otro. En la comisaría, nuestro inspector nos miraba: «¡Venga, chicos! ¡Tomáoslo en serio!». Nada de reprimendas, debíamos tomárnoslo en serio y se acabó. Bueno, nos habíamos quedado en el Stadspark, bañado por una débil luz azulada. Pero yo giro a la derecha. Entro despacito en la Quellinstraat. Tu bisabuelo ya no se fija

en los escaparates. Contemplo la ciudad tal y como es de verdad: una mujer desnuda con una estola de piel blanca sobre los hombros, una de esas a las que un cirujano tras otro no puede quitarle las zarpas de encima; que si un pecho nuevo, que si otra cara. Magníficos edificios han sido derribados aquí, bloques de oficinas han ocupado su lugar. ¿Sabías que antes había un gran hotel en la esquina de la Keyserlei, cerca de la ópera? Fue construido por un alemán antes de la guerra del 14. ¿Aprendiste algo en el colegio sobre Peter Benoit? Probablemente no y, en mi opinión, ni falta que hace. Antes nos enseñaban nombres y fechas, cosa que ahora se considera un error. Pero nadie, ni antes ni ahora, te suelta el bofetón que la historia es en realidad. Lo más jodido es que no se acaba nunca, no de veras. Sigue y sigue. Peter Benoit se ha convertido en el nombre de una calle. Cuando yo estaba en la escuela, casi teníamos que postrarnos ante él. «Enseñó a cantar a nuestro pueblo.» Un auténtico héroe, vaya. Delante de la ópera había una estatua de ese compositor, tan venerado en otros tiempos, rodeada por lo que la gente de entonces llamaba *la piscina de Camille* en honor a un alcalde del que seguramente no habrás oído hablar jamás y al que, si te soy sincero, yo sólo recuerdo vagamente. Así pues, el laureado artista, el hombre que dio lecciones de canto a su pueblo y que se alzaba ahí, inmortalizado en bronce, miraba por encima de un estanque adonde iban a mear los borrachos. La estatua fue trasladada, la llamada piscina fue desmantelada, y en cuanto al gran hotel que frecuentaban los elegantes oficiales alemanes para tomar un aperitivo con sus amigas durante la Segunda Guerra Mundial, ahora hay en su lugar un monstruo de hormigón que descuella sobre nada en particular. «¿Así, todo era mejor antes, yayo?», me parece oírte pensar. Y, por cierto, si

tú y yo pudiéramos vernos, si la familia que un día formé y que ahora no quiere saber nada de mí nos lo permitiera, estoy seguro de que me llamarías «abuelo». La palabra *yayo* se está perdiendo. Pero te aseguro que antes no era mejor, sólo igual de malo. La imaginación lo es todo. En el principio no existía el Verbo y, desde luego, no estaba con Dios. En el principio existía la imagen de la oscuridad, no lo olvides. Me detengo un momento en mitad de la calle. Dos grandes banderas negras cuelgan de un edificio que ya no está. En cada una de ellas hay dos runas que parecen rayos. Estoy ante el cuartel general de las SS en Flandes. Aquellos uniformes... Los polis nos volvíamos locos. A uno de mis colegas le cayó una bronca por no saludar a un mamarracho vestido de negro que ni siquiera era alemán, aunque estaba claro que habría preferido ver la luz por primera vez en, digamos, BimBamBaviera. Fantoches. Con tantos uniformes distintos no había forma de saber cuándo había que saludar y cuándo no. Te juro que a menudo tenía que morderme la lengua. Algunos de aquellos fanfarrones no tenían ni pizca de respeto, con tipos así daba lo mismo ir en pelotas. Al final de la calle tuerzo a la derecha. Deben de ser las cuatro de la madrugada. Sigue habiendo un silencio absoluto, sigue cayendo la nieve y no se ve ni un alma. Bueno, salvo por un drogadicto que me pide un euro. «Vete a tomar por culo», le digo. «Oye, viejo», farfulla. Miro de hito en hito sus ojos enrojecidos y le digo que ya estoy devorando su alma como un cancerbero infestado de lombrices, y que se largue de mi vista antes de que me apodere por completo de él. Tu patriarca se merienda a esa clase de gente, ¿lo sabías? ¿No me crees? Ya lo harás. Y quizá será una pena. Echo un vistazo. A mi derecha, al final de la Keyserlei, está la estación central, la catedral ferroviaria conocida

como Middenstatie, aunque ya nadie la llame así. A mi izquierda, en la esquina de la Keyserlei con la Frankrijklei, está el café Atlantic, y encima, el hotel Weber, el cuartel general de la Feldkommandantur. Por ahí pululaban todos aquellos hombres vestidos de gris de campaña, primero con aire triunfal, arrastrándose de una cena elegante a otra, donde eran recibidos siempre con la debida consideración: su jefe, por ejemplo, se inclinaba sobre una carpeta con antiguos dibujos a tinta de la ciudad que nuestro alcalde le había ofrecido como obsequio bizqueando como un búho sedado... Tanto revuelo para que apenas tres años más tarde representasen de nuevo su propio triunfo pasado, aunque para entonces ya supieran de sobra que su imperio milenario tenía las horas contadas. Ahora me desvío a la derecha, en dirección a la estación, y al cabo de unos diez metros vuelvo a girar a la derecha por la Vestingstraat. Hace frío, tengo unos veinte años. A cincuenta metros está la comisaría de policía del sexto distrito, mi distrito. Alguien grita a mi espalda:

—¡Wilfried!

No es mi verdadero nombre, pero ya te hablaré de eso más adelante. Un fulano llamado Metdepenningen, Lode, me alcanza y me da una palmada en el hombro. ¿Te dice algo ese nombre? Puede que sí. Pero no quiero poner todas mis cartas boca arriba de una vez. Sigue leyendo y todo se aclarará.

—Se me están congelando las pelotas, tío. —Lode resbala, está a punto de torcerse el tobillo. Consigo agarrarlo del codo en el último segundo y suelta un taco.

Acabamos de completar juntos nuestra instrucción. Tres meses oyendo estupideces y ya somos auxiliares de policía, lo que básicamente significaba que debíamos obedecer a cualquiera de más graduación y tener el uni-

forme limpio. Durante ese periodo vi a Lode morder con ahínco su lápiz y mirar fijamente aquella pizarra. Siempre que hacían una pregunta, él levantaba la mano. Un pelota, sin duda, y también un chico guapo: el pelo negro como el azabache, una sonrisa traviesa. Era hijo de un carnicero de la Astridplein. Fue Lode quien empezó nuestra amistad. Uno de esos tipos que después de la primera semana ya te dice que serás su amigo para toda la vida. «Cada día me enseñas algo nuevo...», aún lo oigo decir. Justo en el momento en que empezamos a subir los cuatro escalones hasta la comisaría, salen dos Feldgendarmes. Nos miran y uno de ellos ladra:

—*Sofort mitkommen!*¹

Algunos estereotipos son ciertos sin más. Todos esos alemanes uniformados hablaban así. De modo que los acompañamos, porque a esas alturas ya sabíamos que no nos quedaba otra que obedecer. Normalmente debíamos presentarnos para recibir órdenes, pero si un Feldcapullo ruga, lo sigues. Enfilamos por la Pelikaanstraat en dirección sur. Lode y yo caminamos detrás de los dos superhombres de uniforme en completo silencio, como un par de niños castigados. Los alemanes no llevan aquí ni siete meses y es como si todo fuera suyo desde hace años; la ciudad se ha abierto de piernas frente a esos hombres. Hay reglas para todo. Los peatones que van desde la Middenstatie hasta la calle Meir deben circular por la derecha; los que quieren ir en la dirección contraria, por la izquierda, ¡y ay de ti que vayas a contracorriente por equivocación! Si alguien hubiera propuesto algo semejante durante los años anteriores a la guerra, la gente se

1. «¡Venid de inmediato!» Todas las notas al pie son de la traductora. (*N. de la e.*)

habría muerto de risa y ahogado las carcajadas en espuma de cerveza. Pero ahora, cuando uno de esa raza superior abre la boca, todos hacen lo que se les ordena, y encima están contentos: orden, por fin. Cruzamos la calle y pasamos por debajo de las vías en dirección al Kievitswijk. Nos detenemos dos calles más allá, junto a una casa con la fachada descascarillada. Uno de esos Feldgendarmes se sacude el polvillo de nieve y llama a la puerta con fuerza. Entre tanto, el otro nos dirige una mirada de «ahora vais a ver». Pero no sucede nada. La casa sólo parece más silenciosa por culpa de los golpes. El puño vuelve a martillar la puerta. Ahora oímos un ligero rumor. Alguien baja la escalera lamentándose en una lengua que no entiendo. La puerta se abre con un chirrido. Por la rendija vemos un rostro ominoso de grandes ojos. De pronto la cabeza se estampa contra la puerta cuando los dos tipos la abren de golpe.

—¿Chaim Lizke? —ruge uno de ellos.

Oímos un murmullo. Los dos alemanes entran rápidamente, uno nos indica que esperemos fuera y cierra la puerta.

—Seguro que es otro refractario que se niega a cumplir con el trabajo obligatorio —susurro.

Lode no dice nada. Patea contra el suelo para combatir el frío. Tiene la mala fortuna de no poder permitirse unas botas tan recias como las que calzo yo. Debes saber que, en aquel tiempo, el suministro de uniformes era un desbarajuste, un «nido de urracas», como dicen en esta ciudad. El que tenía dinero para conseguir suficientes cupones de ropa iba más presentable que el resto. También eso volvía locos a los alemanes. Unos años más tarde nos obligaron a todos a comprar los nuevos uniformes que ellos mismos habían diseñado. Pero la medida no hizo

más que empeorar las cosas porque para entonces sólo unos pocos inspectores estaban en condiciones de poder comprarse uno. Todos intentábamos llevar algo que al menos se viera presentable de lejos, y confiábamos en que no nos jodieran ni unos ni otros. Mientras, ha estallado un gran follón en la casa. Gritos y llanto. Oímos a niños chillar. Un armario se vuelca. Alguien baja rodando por la escalera. Más gritos. Pero las órdenes ladradas en alemán se imponen sobre todo lo demás. La puerta vuelve a abrirse de golpe y ahí están: la familia Lizke. Cinco niños a medio vestir entre los cuatro y los doce años, una mujer llorosa con un pañuelo torcido en la cabeza y el padre de familia que mira al suelo mientras la sangre le gotea de la oreja hinchada. «Una colección de israelitas», habría dicho irónicamente Barbita Feroz. Ya volverás a encontrártelo más adelante en esta historia. Te diré las cosas como son: no tengo ni idea de lo que esa gente echaba en el puchero, pero el resultado no causaba muy buena impresión:apestaba.

También hay que decir que a veces se me revolvía el estómago al ver a Lode. Ese chicoapestaba a sangre y vísceras de un modo indescriptible. Siempre he sido muy sensible a los olores; mi padre solía decir que tenía el olfato de una preñada. Lo decía en broma, por supuesto, pero le habría partido la cara cada vez que soltaba el comentario, preferiblemente durante una fiestecilla con muchos borrachos alrededor.

Uno de los Feldgendarmes nos hace un gesto y con el dedo enguantado nos señala un papel. Subraya una di-

rección: Van Diepenbeekstraat. Ahí es donde tenemos que ir y ellos no saben cómo llegar. Lode evita mi mirada, como si él no estuviera ahí. La calle no queda muy lejos de mi casa. ¿Seguir las vías y luego pasar por debajo del puente de la Van den Nestlei? Asiento a los alemanes. La dirección se encuentra en el séptimo distrito. No es el nuestro, pero no estoy tan loco como para hacérselo notar. Y allá vamos. Nosotros delante con uno de los alemanes al lado y los extranjeros detrás con el otro Feldcapullo. La mujer sigue llorando, su marido le susurra palabras de aliento. Sospecho que es polaco, aunque bien podría ser hebreo o qué sé yo. El Feldgendarme masculla algo y oímos que le suelta un bofetón al hombre. Y, ¡halala!, los críos vuelven a echarse a llorar. Yo habría enfocado las cosas de otro modo y sospecho que Lode también, pero ¿quiénes somos nosotros? Un par de guías urbanos a horas intempestivas. El suelo está muy resbaladizo, la nieve ya no cruje bajo los pies sino que ha convertido las calles en una pista de hielo. Los alemanes pretenden mantener un ritmo que una familia con niños pequeños es incapaz de seguir. Los críos se caen de culo cada dos por tres. Más paradas, más gritos, más patadas, más lloros. Lode continúa sin decir ni pío. Veo que se le crispa la cara. Recordar la escena ahora me hace pensar en el mar. En aquella época yo aún no había ido nunca al mar, pero cuando más adelante fui y me encontraba en la playa, mordisqueando un gofre y fingiendo que todo aquello valía mucho la pena, vi a una familia numerosa batiéndose en retirada con sus bártulos, sus tumbonas y parasoles y con los niños nerviosos perdidos y rojos como un tomate. El padre explotó, arrastró bruscamente a uno de sus hijos menores por la arena mientras cargaba a una de sus hijas en el otro brazo y su mujer, que también iba

con un niño en cada mano, aguantaba con vergüenza las miradas furiosas de la gente de alrededor. Juro que en ese momento vi nevar a una temperatura de treinta grados. Y te aseguro que también entonces oí que alguien gritaba en alemán.

—*Wier zind bald daar*² —le digo a uno de los Feldgendarmes.

Es un alemán chapucero, lo sé, pero estoy tan harto ya de esa ridícula situación que por primera vez me valgo de su lengua, ni que sea para calmar un poco esa escalada de rabia, porque así no se adelanta nada, no conseguirán que esos israelitas se pongan a patinar como locos de puro miedo. Además, lo que he dicho es verdad, ya casi hemos llegado, porque acabamos de volver la esquina de la Van Diepenbeekstraat.

—Esa señora y esos niños también son refractarios, ¿no? No te jode —me susurra Lode. Le tiembla la voz—. En serio, ¿son maneras de comportarse?

No digo nada. ¿Qué voy a decir? Lo que él constata, lo sé yo también. Pero les seguimos la corriente, los acompañamos, los guiamos, obedientes y solícitos, a una dirección escrita en un trozo de papel. Sale la luna y hace brillar el hielo de la calle como si fuera plata. Y entonces sucede. Uno de los niños, un chico de unos doce años, se zafa de la mano de su padre y echa a correr. Oímos al padre gritar. El Feldgendarme que camina delante a nuestro lado no hace nada durante unos instantes. Está tan sorprendido como nosotros de que ese chiquillo con sus escuálidas piernas corra por el hielo como un potrillo recién nacido que apenas puede tenerse en pie. El chico no tarda ni cinco segundos en caerse. Antes de que consiga ponerse en

2. «Casi hemos llegado.»

pie de nuevo, el Feldgendarme lo alcanza y le da una patada en el culo... Increíble. Lo vemos deslizarse por el hielo como si fuese un auténtico trineo hasta que se estampa de cabeza contra una farola y se queda inmóvil. Los alemanes se parten de risa y, en realidad, sería una escena cómica si no fuera porque la madre lanza un grito como si le estuvieran retorciendo un cuchillo dentado en las entrañas y se desmaya. Su marido junta las manos llorando y las eleva al cielo como si sus ruegos fueran a lograr que el Todopoderoso restaurase el orden con una flamígera espada, o al menos ese gesto fuese a sacarlo del «modo apagado» y le hiciera ver lo que está sucediendo aquí abajo.

—*Aufstehen!*³

Resuena la orden, tanto para la madre como para el chico, que se encuentra un poco más allá. El alemán que está más avanzado hace amago de ir hacia él, pero Lode se le adelanta. Va tan rápido que se diría que lleva patines. Alcanza al chaval, se arrodilla e inclina todo el cuerpo alrededor del chico como si fuera una envoltura, una concha de caracol hecha de músculos. No lo suelta, ni siquiera después de que el Feldgendarme, sonriente aún, lo exhorte y le diga en un tono más tranquilo:

—*Schon gut.*⁴

El alemán lo exhorta de nuevo y luego le da a Lode un puntapié en el trasero, casi en plan juguetón.

—¡Que te den por culo, cabrón! —ruge Lode. Por su voz se nota que está llorando. Le veo una parte de la cara enrojecida, su bonito pelo negro engominado cae en mechones sobre el rostro del chico, su casco blanco está sobre la nieve un metro más allá, como un orinal bostezante.

3. «¡Arriba!»

4. «Ya está bien.»

El alemán pierde el sentido del humor y soltando una imprecación echa mano de la porra. Antes de darme cuenta siquiera, mi mano sale disparada y mi puño se cierra alrededor de la muñeca del Feldgendarme como un torno. El alemán y yo nos miramos. Lo que me salvó, muchacho, fueron esos pocos segundos de desconcierto en la cara de aquel Feldcapullo. No puede creer que eso esté sucediendo en este ridículo país que han ocupado casi sin esfuerzo. En esos escasos segundos no logra asimilarlo. Que en esta ciudad donde han instalado el culo un mocoso insignificante como yo con un ridículo uniforme le apriete la muñeca con fuerza y mire su cara arrogante es sencillamente una escena que no pueden comprender. Bien, pues lo suelto y él no hace nada. Sigue mirándome mientras su compañero levanta a la madre de un tirón y mantiene a raya a los niños. También el padre de familia nos mira a mí y a Lode, mira cómo recojo el casco que está en la nieve, cómo le pongo la mano en el hombro y lo ayudo a levantarse con delicadeza mientras él sigue cargando al chico en sus brazos. Mira cómo sacudo la nieve del lloroso Lode y cómo éste limpia la sangre de la frente de su hijo y, a continuación, con el pulgar y el índice le frunce un poco los labios de la boca entreabierta, como si fuera a salvar a un ahogado haciéndole el boca a boca. En ese instante los ojos del chico se abren ligeramente y Lode da un profundo suspiro y estrecha más contra sí el cuerpo espigado. No quiere su casco. Sin decir una palabra o mirarnos siquiera, echa a andar con el chico en brazos y la cabeza bien alta, y todos lo seguimos en silencio, hasta los alemanes, como en una pelea familiar en la que el padre bebido se recupera de su desenfundada borrachera y repentinamente mudo ve los estragos que ha causado. Tampoco los dos compañeros que están haciendo guardia en

la entrada del viejo almacén de camas del ejército, el destino final de esa delirante caminata, dicen nada al vernos llegar. No han presenciado lo sucedido, pero es probable que hayan oído el jaleo. Permanecen ahí, pálidos y tiesos, observando a Lode sin casco y con ese crío en brazos, como el resucitado héroe de Hollywood Errol Flynn, al que seguramente casi nadie conoce ya, y se olvidan hasta de saludar a los alemanes. Antes de que lo arrastren al interior con el resto de la familia, el padre toma con cuidado a su hijo de los brazos de Lode, mira a mi camarada a los ojos y murmura algo. Y a continuación desaparecen, engullidos por la hueca oscuridad que reina en ese edificio, como si jamás hubieran existido. Lode y yo nos quedamos fuera. Deberíamos largarnos de allí inmediatamente, pero mi compañero no tiene ganas de irse aún. Traga saliva, se arregla el pelo, me coge el casco de las manos y luego les pregunta con aplomo a los guardias si tienen cigarrillos. Fumamos mientras la nevada se reanuda indecisa. Uno de los guardias, un policía de unos treinta años con mostacho al que todos conocen como Gust el Bizco porque le bailan los ojos a la que lleva cinco vasos de cerveza negra, nos dice que mañana meterán a toda esa caterva de gente en un tren con destino a Limburgo, a Sint-Truiden para ser exactos. Nadie le pregunta qué harán con ellos una vez lleguen allí.

—Y a mí me toca ir en ese tren —añade Gust el Bizco—. Será para verlo. Pero me pagarán un dinerillo extra, así que no seré yo el que se queje.

Lode inhala el humo hasta el fondo de sus pulmones y le pregunta cuánto.

—Cuarenta y cinco francos —contesta Gust.

—No está mal —dice Lode mientras tira la colilla en la nieve.

El inspector nos mira desde detrás del mostrador y suspira. Saca el Registro de Incidencias, un grueso cuaderno de rayas horizontales azules y una raya roja vertical en el margen, y moja la pluma en el tintero. Ambos escuchamos el relato de Lode, cuya ira vuelve a encenderse a medida que avanza el dictado, lo que a su vez me vuelve a poner nervioso a mí. Al final, el inspector deja la pluma, se quita las gafas de montura redonda y me mira cansado.

—¿Estás de acuerdo con lo que acaba de contar tu camarada?

Le digo que, en realidad, los alemanes no nos han dicho en ningún momento de qué se acusaba a la familia.

—Tu compañero ha dicho que los acusaban injustamente de algo, que es muy distinto. ¿Os han mostrado esos hombres algún papel?

—Sólo uno donde figuraba la dirección del almacén de camas.

Lode golpea el mostrador de madera con la mano.

—¡No es normal, jefe! Esos niños eran menores de quince años. ¿Una mujer y un montón de críos? ¿Y cómo sabemos además que el padre era un refractario? ¿Es que todo el mundo se ha vuelto loco?

Un chasco. Pero ¿qué quieres? La mayoría de la gente habla sin pensar. ¿Sabes que tuve que convencer a Lode para que prestara declaración? Me costó lo mío en el camino de regreso. Él repetía una y otra vez que era mejor no seguir hurgando en la mierda. Sólo había aireado su disgusto, nada más. Pero andaba muy desencaminado.